

Elvira Lindo

A corazón abierto





Seix Barral Biblioteca Breve

Elvira Lindo

A corazón abierto

© Elvira Lindo, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

© Imágenes del interior: Miguel Sánchez Lindo

Canciones del interior:

pág. 124: © *Amapola*, de Manuel M. Ponce
pág. 143: © *Chiquitina*, de Augusto Algueró
pág. 176: © *Mirando al mar*, de Jorge Sepúlveda
pág. 258: © *Yo te diré*, de Jorge Halpern y letra de Enrique Llovet
pág. 302: © *How Deep is your love*, © 2017 Barry Gibb, The Estate of Robin Gibb
and Yvonne Gibb, bajo licencia exclusiva de Capitol Music Group,
interpretada por Bee Gees
pág. 359: © *La violetera*, de José Padilla, con letra de Eduardo Montesinos
pág. 366: © *María de la O*, de Manuel Quiroga, con letra de Salvador Valverde
y Rafael de León.

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-322-3636-5
Depósito legal: B. 4.440-2019
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Mi hermana y yo sentadas frente a ellos: mi padre y su compañero de habitación. Manolo y Clemente. Los dos muy formalmente sentados en las sillas de polipiel marrón del hospital, con la bandeja a modo de pupitre, esperando la cena. La imagen tiene un aire escolar, a pesar de la vejez de ambos y de que los dos respiran enchufados a una bombona de oxígeno. Mi padre está repeinado como no lo he visto nunca, salvo en esas fotos de joven que le mandaba con una dedicatoria amorosa a mi madre. Una enfermera le ha tomado afecto, a pesar de que se está portando muy mal, y le peina con colonia cada mañana. Los rizos, ya muy ralos, se le quedan como engominados en caracolillos en la nuca y le refuerzan aún más sus duras facciones, que obedecen a un gesto espantado, el de un animal que estuviera aterrado. Lo está. Es consciente de que la muerte le ronda y de que no va a hacer nada por evitarla. En cuanto le den el alta volverá a fumar y a beber, y cualquiera de estos días, lo sabe, morirá por un ataque de asfixia. Le da más

miedo morir en soledad que morir; por eso, se ha aferrado a su compañero de habitación, Clemente, y entre los dos han generado un ambiente de camaradería insólita.

Clemente es un tipo alegre, obeso, un viejo con la melena aflequillada de un yeyé de los setenta o de un mosquetero en decadencia. Vive en un albergue. Hace tiempo, dice, que su negocio de cocinas quebró y, según su versión, al arruinarse el Rey Midas, como él mismo se denomina, su mujer y sus hijas le abandonaron. La última novia, a la que él llama cariñosamente *la Polaquita* por ser Polonia su país de origen, con la que vivía antes de que los desahuciaran, tampoco ha hecho acto de presencia en los tres días que llevamos visitando a mi padre. Clemente se ha integrado perfectamente en nuestra familia porque a eso nos acostumbró mi padre desde niños: a aceptar a los desconocidos con los que él entablaba relación, nos gustaran o no. Él ha sentido siempre devoción por los compañeros de barra, por las fugaces amistades que se hacen en los bancos de la calle, por los camareros, los boticarios, los vendedores, los operarios y los porteros, por los primos lejanos, por toda aquella persona con la que pueda mantener una conversación superficial que llene de palabras el silencio. Nunca le ha importado el origen o el estatus del individuo, ni tampoco ha exigido que fuera interesante. Ante todo, mi padre busca com-

pañía, y sea por el alivio inmediato que siente al tener a alguien con quien charlar y contentar su espíritu expansivo, se enreda con cualquiera. Es la imagen más poderosa que de él tengo archivada en la memoria: mi padre acodado en una barra, envuelto en humo, con la copa y el cigarro en una mano y la otra libre y gesticulante, su risa brotando brusca y rota, o su ira, cuando de pronto el desconocido le ha llevado la contraria y se convierte en su enemigo.

La falta de oxígeno le impide a mi padre explayarse con frases largas y, por primera vez en su vida, tiene que dejar que su interlocutor hable más que él. Mi hermana y yo escuchamos, como hemos hecho siempre, escuchar y desconectar. Así fue nuestra vida familiar: mientras él monologaba, los cuatro hijos íbamos enriqueciendo nuestro mundo interior, y ésa debe de ser la razón por la que tenemos una tendencia singular a abstraernos que nos hace parecer personas despistadas. Clemente ha conocido a Manolo en sus horas más bajas, así que es él quien toma las riendas: es todo un experto en hablar con los tubos del oxígeno entrando por las fosas nasales, y nos cuenta, como si se tratara de una travesura, que la noche pasada se han desvelado, los dos, y han sentido hambre, los dos, y han llamado los dos a su timbre respectivo, consiguiendo que la enfermera, harta de ellos, les trajera un yogur y unas galletas, algo

de chocolate. Con frecuencia, para referirse a mi padre, Clemente dice «aquí, el colega» o «aquí donde lo veis, esta noche, el colega», y nosotras asistimos atónitas a esa expresión de confianza castiza hacia un hombre tan autoritario como es Manolo Lindo. No creo que nadie se haya referido jamás a él como «aquí, el colega»; de hecho, su gesto es de contrariedad, como si no le hiciera gracia que delante de sus hijas le rebajaran de categoría. Pero el colega, por nombrarlo a la manera de su compañero de cuarto, no tiene apenas voz, y de alguna manera Clemente compensa su falta de tacto siendo protector con él, poniéndose a su servicio, algo en lo que mi padre ha sido siempre experto: encontrar a alguien que se preste a estar a su servicio.

Clemente es, en esta pareja, una especie de secretario. Nos transmite lo que ha dicho la doctora, si realizó su visita mientras no estábamos, y tiene a recaudo en su mesita el móvil de mi padre, para llamarnos a casa si es que «el colega» se encapricha con que le hagamos algún recado. Mi hermana ya se ha acostumbrado: si suena el teléfono a las nueve de la mañana, es Clemente, que dice que mi padre quiere que le llevemos al hospital un talonario nuevo del banco de Santander. No sabemos para qué quiere los talonarios en el hospital, pero estamos convencidas de que si no se los llevamos se alterará como si fuera un niño. También

Clemente llamó la otra noche porque mi padre quería que le trajéramos el pegamento de los dientes. Es ahora cuando hemos descubierto que mi padre tiene dos dientes postizos. Siempre se había jactado de conservar una gran dentadura, al contrario de casi todos los integrantes de aquella generación infraalimentada que fue la de los niños de la guerra. Y su agenda de Manolito. Clemente volvió a llamar, que no se os olvide la agenda de Manolito, por favor, que la necesita. Es una agenda escolar, para niños de primaria, que se publicó en 1996 sobre mi personaje, y es en ella donde tiene anotados caóticamente todos los teléfonos y las direcciones que le importan. Nuestros teléfonos, nuestras direcciones, y las de aquellas personas, amigos, jefes, compañeros nuestros que podrían ayudarle a localizarnos si es que no le contestábamos al teléfono. Le hemos regalado varias libretas de teléfonos, pero él se niega a deshacerse de esta agenda infantil en la que él mismo ha escrito en las esquinas de las páginas las letras del abecedario.

Clemente es, desde hace tres días, uno más en nuestras vidas y, nos guste o no, hemos de asumirlo, como tantas veces hemos aceptado alternar con alguno de los pesadísimos compañeros de barra de mi padre o cualquiera de esas mujeres con las que ha mantenido una relación confusa que nos provocaba incomodidad.

Hay algo escolar en la escena, sí. Visten sus camisones hospitalarios como si fueran babis. No llevan calzoncillos. Tienen los puños sobre la mesa porque están impacientes por que llegue la cena y al oír el carro con las bandejas aproximarse por el pasillo, los dos, instintivamente y movidos por la emoción, abren las piernas. Mi hermana y yo nos hemos encontrado por sorpresa con la perturbadora visión de los genitales, aplastados y rojos, de los dos colegas, frente a nosotras. Nos levantamos, impulsadas por el resorte del pudor, y ya nos quedamos de pie todo el tiempo, intercambiando una sonrisa nerviosa de vez en cuando, evitando cualquier posibilidad de encontrarnos de nuevo con una de esas imágenes que una prefiere olvidar. Mi padre siempre ha sido impúdico, con una inclinación tozuda a exhibir la mitad del culo cuando estaba en la playa o a mostrar gran parte de los calzoncillos, tal y como llevan los jóvenes ahora los pantalones, como si estuviera deseando que de una vez por todas se le cayeran y provocar una situación incómoda. Son excentricidades que se han ido agudizando con el tiempo y que le han llevado a ponerse la corbata como si fuera una bufanda o a abrocharse torcida una chaqueta. Desafiando, para que le llames la atención, y seguir haciéndolo con el aliciente de sacarte de quicio y de subvertir las normas. Conserva un espíritu de desobediente infantil. En los últimos meses, he descubierto que, si en vez de corregir su voluntaria negligencia, me

acercó a él y sin decirle nada le abrocho con cuidado los botones o le hago el nudo de la corbata, se rinde, se esponja, se siente cuidado y ya no se rebela.

La cena llega y los dos se la comen vorazmente, entre jadeos porque se ahogan, sin dejar ni rastro en el plato, chupando los huesos, con la impaciencia de los perros, como si aún fueran niños de posguerra.

Clemente es el gracioso de esta aula hospitalaria, el ocurrente, el chinche; poseedor de una sabiduría mundana no al alcance de cualquiera. Afirma que el pollo del Hospital Gregorio Marañón es de lejos el mejor de los que se sirven en los centros sanitarios de Madrid. Mi padre, sofocado, pero sin resignarse a no dar su opinión, apostilla, «con diferencia». Y Clemente añade «y eso que el de la Beata es también excelente, pero no llega a este nivel ni de coña. Nivelazo». Mi padre asiente con la cabeza y con un hilo de voz dice que en la Clínica del Rosario también se come muy bien. El jubila-do de oro y el sin techo unidos por este singular recorrido gastronómico.

Clemente recuerda entonces cuando era viajante de comercio y rememora un tour por los restaurantes de carretera que hay entre La Coruña y Madrid. Mi padre, que también recorrió España para hacer balances y auditorías de Dragados, aporta no pocos nombres. Ambos, enumerando tanto el nombre del restaurante como su especialidad

culinaria, parecen una pareja de concurso, una de aquellas que aparecían en el *Un, dos, tres* mientras sonaba de fondo el segundero que sumaba emoción a la emoción.

Mi padre, que desde la nada prosperó en el escalafón de su empresa a fuerza de tesón y talento para los números, visitaba con su cartera de auditor las grandes obras que había a un lado y otro de España, y yo, que le acompañé cuando murió mi madre en alguno de estos viajes por hacerle compañía, veía cómo imponía su presencia. El hombre del maletín aparecía en la recepción del hotel y allí estaban esperándole los administrativos de la obra. Más que un auditor mi padre adquiría entonces un aire de comisario que llega a una pequeña ciudad para detectar un posible delito y señalar a su autor. Y así fue más de una vez. Implacable, podía alargar una reunión hasta la madrugada para provocar la confesión de quien había metido mano en la caja y llegar a un acuerdo con él. Más tarde, leyendo las novelas del comisario Maigret de Simenon, he encontrado muchas similitudes en la manera en que mi padre y Maigret abordaban el interrogatorio final. Había una comprensión por parte de ambos, comisario y auditor, hacia quien había cedido a la tentación; en el caso de mi padre era como si él mismo, al frente de las cuentas de una gran empresa durante muchos años, hubiera estado siempre sacudido por una lucha interior. «¡Jamás me llevé ni

un duro!», solía decir. Y yo le contestaba que aquello no tenía ningún mérito, dado que la gente, por regla general, no roba. Él se desesperaba por demostrar que ser honesto era excepcional en un país podrido por la corrupción. Algo sabía.

Pero de alguna forma caló en mí esa peculiar piedad hacia los ladrones. Mi padre le solía contar a mi madre en voz muy baja, para que calibrara la magnitud del caso en el que andaba metido, cómo llegaba a un acuerdo con el empleado arrepentido, de qué manera éste ponía a disposición de la empresa sus bienes, y luego se marchaba con una carta de recomendación en la mano para ser contratado en otra empresa. Mi padre guardó alguno de aquellos expedientes durante toda su vida, como si fueran la prueba de sus méritos laborales. En sus últimos años de vida, cuando comenzaron a aflorar en España tantos casos de corrupción, solía decir: «Hoy en día la gente se suicida poco». En su opinión, muchos políticos deberían haberse quitado la vida para no marcar la vida de sus familias. El peor castigo para un delincuente, según su peculiar sistema moral, no era la cárcel sino la vergüenza social y, aficionado como era a defender cierta violencia y a decir barbaridades, solía alabar la decisión de esos empleados japoneses que al ser pillados en un renuncio deciden tirarse a las vías del metro. De alguna manera debieron de calar en mí esas consideraciones tantas veces escuchadas, porque cuando veo a alguien en el banqui-

llo de los acusados me estremezco al imaginar la vergüenza que estará pasando, y no puedo evitar, por mucho que el pueblo clame justicia, sentir una piedad que en esta sociedad punitiva no todo el mundo comprende. Y sí, pienso que en caso de enfrentarme a una pena de cárcel contemplaría la salida fatal pero digna del suicidio.

A mí me da lástima que el locuaz Clemente, el hombre que vive entre el albergue y los hospitales, impida con su charlatanería que mi padre abra la boca. En realidad, nosotros lo hemos escuchado siempre a la manera en que los súbditos escuchan a los dictadores. Sometidos como estuvimos de niños a sus opiniones prolijas sobre cualquier asunto, ahora padecemos una derivación del síndrome de Estocolmo. Toda la vida esperando a que mi padre dejara de ocupar abusivamente el tiempo de los demás con su discurso interminable para sentir pena ahora que está obligado al silencio.

En estos dos últimos años, la vejez le tiene amargado; de su boca sólo salen comentarios apocalípticos. Y qué esperábamos, es un hombre de mundo al que la salud le ha arrebatado su hábitat natural: los bares y la calle, los muchos kilómetros que a diario se hacía entre su barrio y el centro, cruzando los puentes que atraviesan la M-30. Pero esa ira permanente que ha borrado por completo su ca-

rácter animoso también ha permitido que aflorara el pasado en una versión más cruda, porque él nos lo había presentado siempre envuelto en un humor que disipaba cualquier sombra de dramatismo. Así era él y así nos acostumbró, o nos obligó, a ser a nosotros. La ironía ha cubierto todas las pesadumbres familiares convirtiéndolas en un catálogo de anécdotas humorísticas. Ha sido su habitual manera de sobrellevar la culpa de otros y de aliviar la suya. Un día llegó a decir: «ese día en que mamá se marchó de casa... Ese día. Tuvo su gracia también, ¿eh?». Me miró buscando mi aprobación, pero yo contesté secamente, qué gracia, no tuvo gracia, papá, no la tuvo, fue trágico para nosotros, sus hijos, le dije con dureza. No quise que en mí encontrara complicidad alguna. En contadas ocasiones nos atrevíamos a ponerle un límite a su fabulación. Le hemos permitido inventar, reinventar la vida anterior a nuestra llegada al mundo, pero con el tiempo se nos ha hecho más trabajoso dejarle que edulcorara aquellos capítulos traumáticos de los que fuimos testigos.

Mi padre es viejo. No tiene carácter de viejo, por eso anda cabreado. Antes podía tumbar a cualquiera con el vino y el whisky y hacer que todas las reuniones familiares se desarrollaran en el interior de una densa nube de humo. Desde que la enfermedad le impide caminar o hablar sin ahogarse ha comenzado a narrar las mismas historias de siem-

pre pero en una versión tan diferente que es como escuchar a un hombre distinto. Como suele ocurrirles a los viejos, se ha sumergido de lleno en el universo de su infancia, y el niño que él antes describía como un Huckleberry Finn, un pícaro audaz que sorteó sin dificultad las penurias de la guerra y la posguerra, se está revelando ahora, en su relato de hombre viejo, como una criatura desamparada que si bien sobrevivió a todo aquello, quedó marcado para siempre por heridas profundas.

Pienso ahora con inquietud en que si se hubiera muerto antes de que le invadiera este estado de amargura no hubiéramos conocido este otro yo, tan celosamente censurado. Hubiéramos recordado tan sólo, si se hubiera muerto entonces, al tipo de resistencia sobrehumana, como él solía presentarse, al que presumía de ser invencible. Ahora soy consciente de que su fortaleza era, sin lugar a dudas, física, pero no psicológica. Habiendo sido instruido en el desdén por el débil, adquirió la pericia de ocultar su dolor desde niño. ¿Cómo va a empatizar con el dolor de los demás aquel a quien no se le ha permitido mostrarlo? Con la negación de la debilidad se jugaba algo tan sustancial como su propia supervivencia.

El hombre del camión hospitalario de lunares, el del gesto de animal aterrado y la respiración entrecortada llegó a Madrid por primera vez en 1939,

pocos meses después de que terminara la guerra. Tenía nueve años. Era hijo de un capitán de la Guardia Civil sin carácter y de una madre extremadamente fría, autoritaria. Mi padre insinuaba que en alguna ocasión mi abuela levantó la mano a su marido. Esa madre consideró que para aligerar la carga familiar tenía que librarse durante un tiempo de uno de sus hijos y así lo hizo con el mediano, mi padre, que era además un crío agotador, temerario, proclive a las fechorías. Lo mandó a la ciudad más dura, inhabitable y destruida de España, aquella con la que se había cebado el ejército del general rebelde por ser la capital paradigma de la resistencia, hasta el día en que ese pueblo fue vencido por el hambre y las ruinas.

No sé desde qué punto del país llegó mi padre, porque la residencia de mis abuelos cambiaba con frecuencia, pero observando el expediente de servicio de mi abuelo creo que debió de partir desde Río Tinto. Llegó escoltado por una pareja de guardias civiles subordinados de su padre. Esa imagen me devuelve otra del año 1971, porque yo también viajé en tren a la misma edad, los nueve años, con una pareja de la Guardia Civil desde Ávila. Había pasado una temporada en la casa cuartel, donde mi tío era entonces teniente coronel. Recuerdo las miradas que de soslayo nos dedicaban los compañeros de vagón, los viajeros de la estación de Atocha y luego los del metro. En mi candoroso optimismo llegué a casa diciendo que la gente me había

tomado por algo parecido a una princesa que, escoltada por los guardias del tricornio, regresaba a su barrio tras una larga ausencia. Mis hermanos, los niños, siempre dispuestos a devolverme a la realidad, no me dejaron columpiarme en mi fantasía, y aseguraron que la gente me miraba como a una niña quinqui, como a la hermana pequeña del Lute.

Sé que mi padre estaba solo cuando llamó al timbre de una tía, pariente de mi abuela, que vivía en la Plaza del Campillo del Mundo Nuevo, al final de la lengua descendiente que traza Ribera de Curtidores en mitad del barrio de La Latina. Tampoco conozco el nombre de la tía, porque mi padre siempre la llamó la Bestia, por el mal trato que le dio.

Mi padre había dado muestras de su carácter nervioso (ahora se diría hiperactivo) desde muy niño. Él solía decir de sí mismo que había sido una buena pieza, un bicho, merecedor de las bofetadas que le propinaba mi abuela. Pero hubo razones poderosas que alimentaron su tendencia alarmista y paranoica. Habiendo dado a su padre por muerto en la guerra, allá por el 38, vio aparecer, mientras jugaba una mañana en la plaza del pueblo en el que vivían, a un hombre que se le antojó una aparición, un tipo tambaleante, amarronado, que se cubría los hombros con una manta. Hubiera jurado que era un fantasma o el mismo hombre del saco que venía a llevárselo por alguna trastada que

aún no había recibido su castigo. En aquellos interminables segundos en que el hombre tardó en llegar hasta él pensó que iba a raptarlo o a matarlo. Al tenerlo cerca lo reconoció: era su padre. De la impresión, se le cayó el pelo, y fue durante un tiempo un niño calvo al que con el tiempo le volvió a crecer su precioso y abundante pelo rizado. En su nueva melena brotó un mechón blanco, un lunar, que le daría un aire de galán desde la niñez.

Sólo un año más tarde, el niño que viera a su padre regresar del mundo de los muertos, sin haberse recuperado aún del susto, fue apartado de la vida familiar y enviado a Madrid: una boca menos, una criatura salvaje e incontrolable puesta en manos de una mujer que no tenía hijos. Mi padre llamó a ese timbre de la Plaza del Campillo del Mundo Nuevo, la misma plaza a la que tantos años después yo acudía con su nieto Miguel, mi hijo, cuando éste contaba los mismos nueve años, a cambiar cromos de Bola de Dragón los domingos en los puestos del Rastro. Mi mano agarraba la mano del niño con firmeza y aprensión porque era inquieto, propenso a despistarse, y a mí me atormentaba que pudiera perderse como yo me había perdido a los cinco años en el pueblo. Nadie consideró entonces, en aquel 1939, que el niño que era mi padre pudiera extraviarse o perderse para siempre en la jungla urbana. La consideración que se tiene de la edad de las criaturas cambia, pero la he-

rida que deja en ellas el desamparo ha sido la misma siempre.

Nunca se me ha ocurrido preguntarle a mi padre cuál era el edificio en el que fue acogido durante aquellos meses. Creo que alguna vez dijo que su cuarto, más bien un trastero, era interior, y que su cama no era más que un colchón viejo en el suelo.

La tía a la que él llamaba *la Bestia* era enfermera en el Hospital de Maudes, que había sido centro de auxilio para soldados republicanos y se convirtió después en hospital de heridos del ejército nacional. La tía se levantaba temprano y el niño se quedaba solo con una sola misión que cumplir: acudir a las colas del auxilio social. Allí, guardando una fila de menesterosos, estaba el niño solitario esperando la comida que le correspondiera a la tía. Después, sin nada que hacer, sin amigos ni vecinos que se ocuparan de él, el crío vagabundeaba por la ciudad en ruinas. Por la tarde, acudía a buscar a la Bestia, porque los niños quieren querer y se arriman tozudos incluso a aquellos que les hacen daño para esquivar la soledad y conquistar su cariño. Recordó siempre el dolor de los heridos de guerra, sus espantosas mutilaciones y el olor de la sangre, porque tenía un olfato muy desarrollado y acercaba siempre su gran nariz a las cosas y a las personas para entenderlas mejor. De vez en cuando, el niño recibía una paliza. Él siempre ha considerado, en un extraño esquema moral que arras-

tra desde la niñez, que mientras su madre tenía derecho a pegarle, las palizas de su tía no eran legítimas. A su madre jamás le reprochó lo severa, incluso cruel, que había sido con él. Comprendo que también era una justificación a algunas bofetadas que mi hermana y mis hermanos recibieron.

Como mi padre ha supuesto para mí una presencia tan imponente, la de uno de esos hombres a los que siempre les falta espacio para gesticular, me resulta difícil imaginarlo pequeño, flaco, cabezón, infraalimentado, mal abrigado, pobre, desasistido. Trato de visualizar a aquel niño de nueve años y se impone en mi memoria la primera foto que tengo de él, unos años después, de pie, ante una pizarra escolar, y es tan guapo y tan alto para su edad que no encaja en la imagen de un niño desamparado. Como siempre ha sido expansivo, refractario a la reflexión y al silencio, tengo que hacer un esfuerzo para seguir los pasos de ese niño que se levanta solo en una casa helada, que tal vez no se viste porque no se desnudó la noche anterior, que sin lavarse y sin desayunar, sale a la calle, al corazón del Madrid derrotado y popular, y, habiéndose aprendido el camino tras dos o tres mañanas de haber seguido a su tía unos pasos por detrás, sube solo por la calle Mira el Río Baja, llega a la Plaza Mayor, la cruza hasta alcanzar la Puerta del Sol, camina por Preciados hasta la Gran Vía y va siguiendo el rastro, atento como un zorrillo, dejado involuntariamente por la Bestia. A veces,

en el entramado pueblerino del centro madrileño, se pierde, tiene un momento de alarma, pero enseguida se atreve a preguntar y algún paisano vuelve a encarrilarlo, sin extrañarse nadie, en el Madrid de pobres, huérfanos y lisiados, de qué hace un niño solo preguntando por un destino que está tan lejos, en la Glorieta de Cuatro Caminos. Como es muy avisado, y su mente no descansa hasta que cae rendido al sueño, pronto se construye su propio mapa mental al que va añadiendo calles, y poco a poco se aventura a probar nuevos caminos y desde la Glorieta de Atocha, asombrado por la anchura de las avenidas, camina entre los enormes árboles del Paseo del Prado, tan insignificante él en ese paisaje urbano monumental como lo fueran Hansel y Gretel en el bosque amenazante. Fuerte y audaz mi padre como los niños de los cuentos, con un miedo que en vez de resultarle paralizante lo anima a no quedarse quieto jamás.

No llama la atención de nadie. En el Madrid en el que Franco acaba de imponer con rencor su bota hay muchos niños que deambulan por las calles, que ya no volverán a la escuela nunca, que perdieron a sus padres y pasan sus últimos días de infancia como golfillos hasta que su madre logre colocarlos en un taller o en una tienda. Pero su peculiaridad, lo que le distingue, es ese deambular solitario, sin contar con otros compañeros para idear travesuras. Con el propósito de no llamar la

atención, procura caminar rápido como si fuera a hacer un recado, como si tuviera un objetivo. Y así, con esos aires de determinación, caminó desde entonces por la vida. Su objetivo es su condena, porque llega al Hospital de Maudes, se sienta en la entrada, y mientras espera a la tía enfermera, ve entrar y salir a los lisiados que dan grima y lástima; a veces, requerido por ella, penetra en ese edificio del horror y huele la enfermedad, escucha lamentos y no piensa en nada o piensa que la vida es así, con esa aceptación excepcional de los niños. Si en ese momento alguien le diera un juguete, se sentaría en el suelo y jugaría como si la desgracia contagiosa que le rodea fuera el marco natural de la existencia.

Pero llega el día en que su capacidad de aceptación se agota. Ocurre, ese hartazgo, tras una de las palizas de la Bestia, que en mi mente se presenta como una celadora de complexión enorme, y entonces traza un plan. Lo estudia hasta el último detalle porque, aunque impulsivo, es un niño con tendencia al cálculo, que organiza los pasos a dar como un jugador de ajedrez y no permite que nada se escape a la planificación. Una mañana se levanta, se mira en el pequeño espejo del cuarto de baño para el que tiene que ponerse de puntillas y estudia su mirada: si adopta un gesto serio le pueden echar tres años más de los que tiene. Se moja los rizos con agua para dar una impresión de honorabilidad y se abrocha hasta el último botón de la camisa, con-

vencido de pasar por el joven que aún no es y con una sensación de optimismo que no sentía desde que llegó hace ahora cinco meses.

Va a uno de los bares de la plaza, al bar en donde su tía suele dejar recados y las llaves. Imposta su voz infantil para que parezca adolescente y le dice al dueño que su tía le ha dicho que le preste un duro, que en cuanto vuelva del hospital se lo devuelve. El tío pone mala cara, pero se lo da. Con el duro dentro del puño y su caja de cartón en la otra, la misma con la que llegó y que contenía una muda, un jersey y poco más, sale alegre para la estación de Atocha. Por el camino para en un ultramarinos y compra una manzana. No es una decisión espontánea: él ha pensado que tiene que llevar algo de comida para no desfallecer. Llega a la estación y compra un billete. El billete, sorprendentemente, no es para el pueblo desde el que llegó y en el que viven sus padres. Nunca se me ha ocurrido preguntarle por qué el billete no fue de regreso a casa, pero intuyo que no quería aparecer a los ojos de su madre como un fracasado.

Había oído que tenía familia en Aranjuez. Familia de su padre. Pensó que si preguntaba por alguien de su apellido, singular y escaso, alguien le ayudaría a dar con ellos. Tenía noticia de esos parientes, hermanos de su padre, por las cartas que de vez en cuando llegaban a casa, sabía que tenían huertas, y esa palabra, *huerta*, sonaba en su mente como la promesa del edén.